

SE BUSCAN INVESTIGADORES QUE BUSQUEN DRAMATURGOS ¹

Alejandro Ortiz Bullé Goyri

El teatro en sus distintas formas y circunstancias siempre es bueno que tenga interlocutores. Es cierto, el público es en principio el interlocutor perfecto, el receptor básico para que la comunicación teatral tenga sentido; pero también es cierto que existen súper espectadores, aquellos que asumiendo su función de público van más allá que el del individuo que paga su billete y consume alguna ración del platillo escénico que se le ofrezca a su paladar. Puede ser un crítico quien además cumplirá la función de orientar a creadores y espectadores de lo que ante sus ojos se mostró en la escena. El crítico como sabemos,

aunque su trabajo no sea reconocido a cabalidad, es parte importante de la creación teatral. Es, o debiera ser, la parte del fenómeno teatral que genera o impulsa la retroalimentación entre el acto comunicacional escénico y sus consecuentes receptores.

La voz del crítico es la voz que se escucha dentro de la inmediatez del teatro mismo, que responde desde la subjetividad de la persona que debe escribir una nota para el periódico o el semanario; sin más pretensiones que la de orientar al espectador y dar a los hacedores del espectáculo las percepciones y valoraciones que puedan ayudar a darle mejor sentido a su trabajo. Su labor es parte necesaria del teatro, aunque suele negársele su presencia, de no ser por la habilidad de algunos críticos para

lanzar elogios, puesto que si en sus observaciones muestra las fallas o inoperancia del trabajo de alguno de los que intervienen en el espectáculo escénico, ya sea el dramaturgo, el director, el actor, el escenógrafo, entonces deja de ser crítico y se convierte en un “gacetillero”; pues en México a nadie le gusta que lo critiquen, puesto que el acto de la crítica es tomado como un insulto personal.

Pero ¿qué función cumple aquí la figura del investigador teatral? Aquel que no sólo habrá de dar parte del espectáculo visto la noche anterior, sino que tendrá la tenacidad y la paciencia de ponerse a rastrear las huellas y los orígenes del acto teatral para documentarlo, y luego reflexionará sobre el lenguaje empleado y lo valorará dentro de un determinado contexto social o artístico lo que se plantea en una puesta en escena y fijará pautas para darle una dimensión histórica a determinado acontecimiento teatral. El investigador teatral echará mano de los grandes teóricos y los cotejará con las propuestas escénicas en cuestión y las pondrá en perspectivas inusitadas, no pensadas por los propios creadores.

Y claro, con el trabajo del investigador difícilmente alguien se ofenderá, puesto que para muchos, esas son puras teorías, y como tales, están lejos de la práctica escénica. No faltará quien entonces diga que como lo

¹ Armando. Partida Tayzan, *Se buscan dramaturgos*. V. I Entrevistas. V. II panorama crítico), México. Conaculta-FONCA/CITRU INBA 2002.

dicho y asentado por un investigador, son palabras de un teórico, pues no vale la pena ni ofenderse ni molestarse siquiera en leer lo que escribió. De manera que si los críticos tienen poca cabida en la república de la creación teatral, los investigadores normalmente no son ni siquiera mentados.

Pero está el caso de Armando Partida, caso singular entre los habitantes de la mencionada república; quien de manera curiosa ha sido acogido como parte integrante y actuante de la vida teatral. Habrá quienes no estén de acuerdo con las ideas que tenga sobre el teatro Armando Partida, pero nadie le negará ni le regateará el hecho de que como cualquier director, dramaturgo o actor que se respete, es también un ciudadano del teatro, aun cuando no pise los escenarios ni salga a recibir los aplausos y rechiflas del respetable noche tras noche.

¿Cómo se logró este hecho singular, inusitado en el ambiente teatral mexicano?

El trabajo mismo de Armando Partida como crítico, como historiador investigador del teatro y como docente y académico lo ha avalado a lo largo de más de 30 años.

Muestra totalizadora de ese trabajo es este material de reflexión, crítica e investigación de la dramaturgia mexicana de entresiglos, que hasta por el título mismo se antoja interesante y sugerente: *Se buscan dramaturgos*.

Cualquier historiador, y en particular un historiador del arte sabe lo difícil que significa historiar y documentar, criticar y analizar un fenómeno que aún palpita y está presente en la vida cotidiana. Cuesta trabajo tener perspectiva para establecer parámetros críticos y sobre todo

para realizar una selección y síntesis del material de trabajo; en este caso el de los dramaturgos mexicanos y su obra más representativa. Ante la enorme cauda de escritura dramática que se ha venido produciendo durante los últimos decenios, pareciera imposible sistematizar y llegar a valorar este aspecto del teatro en México, pero Armando Partida emprendió el trabajo no sé si como un reto o como un deporte, pero lo logró y además de manera inteligente: se hace de testimonios a partir de un archivo de la palabra en donde las voces de los propios dramaturgos seleccionados hablan de su propio trabajo y perspectivas que conforma el primer volumen, para pasar luego al plano del análisis y reflexión al que llama "panorama crítico", que corresponde al segundo volumen. En esta segunda parte bajo tres líneas generales: I. LOS PRECURSORES, II. DE LOS PRECURSORES A LA NUEVA DRAMATURGIA, III. LA NOVÍSIMA DRAMATURGIA, se da a la tarea no sólo de reflexionar en torno a los autores más representativos de estos tres momentos sino que elige algunas de las obras más significativas y las analiza de acuerdo con su contexto histórico, pero sobre todo de acuerdo con lo que los mismos textos ofrecen desde su estructura misma como modelo dramático y como propuesta de teatralidad.

El resultado final es espléndido: una fuente consulta, de reflexión y análisis sobre la dramaturgia mexicana de nuestro tiempo, sustentada con un panorama de testimonios que permite cotejar las ideas del investigador con las de los propios creadores dramáticos. Ahí están por ejemplo las reflexiones que se hacen

sobre los talleres de creación dramática de Leñero, de Argüelles o de Carballido; los deslindes entre una generación y otra como el caso de la Nueva Dramaturgia Mexicana y sus vínculos y relaciones con los autores que venían de la generación marcada por los acontecimientos del 68, así como los lazos que la unen con los dramaturgos subsecuentes, como lo testimonia, por ejemplo, en su entrevista correspondiente, Wilebaldo López (v. I, pp. 242-243).

Habría tal vez, supongo, muchos autores que se sientan relegados por no aparecer aquí y es comprensible, puesto que es un privilegio para un autor dramático ser mencionado en este libro, pero desde mi punto de vista, y en aras del rigor crítico, creo que la selección es demasiado amplia; que una selección más depurada habría permitido una perspectiva más fácil de manejar para quienes en un futuro consulten este material y hagan uso de sus fuentes y testimonios para reflexionar sobre el panorama cultural del México de fin y principio de milenios.

Por mi parte, en algún momento hace pocas semanas, le mencioné algo al respecto a Armando Partida, en cuanto a que habría dramaturgos que yo no incluiría, y sí en cambio haría mención a dramaturgias emergentes como las del teatro indígena contemporáneo. La respuesta de Partida fue tajante: "Pues ese no es mi libro, eso hazlo tú..." Y tenía razón, a partir de este trabajo vendrán necesariamente otras revisiones, otras reflexiones y otras calas y esperemos que no sólo en el campo de la dramaturgia, sino en general de todos los que intervienen en el hecho escénico.